FAM 3 (1991) 7-22

ESTUDIOS

Aproximación científica al concepto de familia

Dr. . Luis Moreno Chaparro
Dra. D.ª Mara Sanchez Mur

Todos tenemos un cierto concepto de familia.. Paradójicamente, sin embargo, lo que cada uno entiende por«familia» es diferente de lo que entienden los otros. La cuestión está en: ¿qué es una familia? ¿El término familia encierra un concepto? La respuesta es sólo aparentemente sencilla. El concepto puede considerarse como una idea abstracta y general. Abstracta, ya que se obtiene limitándose a considerar ciertas características de los objetos y general porque permite la extensión de los caracteres así obtenidos a todos los objetos que los poseen. Es decir, el concepto se desarrolla entre la comprensión (conjunto de caracteres) y la extensión (conjunto de objetos). Pero en el caso de la familia estas dos características no son claras. Hay quien sostiene que la familia debe presentar ineludiblemente una serie de características que otros no consideran imprescindibles.Por ejemplo, hay quien atribuye a la familia la característica de que debe comprender individuos de, al menos, dos generaciones, o quien señala la necesidad de la característica de consanguinidad. Por el contrario otros rechazan estas características que dejarían fuera del término familia a la pareja sin hijos o a la familia con hijos adoptivos. Tampoco la extensión del término es clara, hay quien incluye en «familia» entidades tales como la comuna, el kibbutz o incluso la pareja homosexual. Tenemos que reconocer que el término familia difícilmente puede ser considerado como claro y unívoco.

A partir de 1955, el norteamericano George A. Kelly, elaboró su teoría psicológica, según la cual, los hombres organizan perceptualmente su entorno basándose en «constructos personales». Creemos que esta teoría es esclarecedora para entender qué ha ocurrido con el término «familia». Según Kelly, los constructos personales son dimensiones o categorías descriptivas, que se canalizan de manera que permiten al individuo predecir los acontecimientos. Los constructos tienen que ver con la forma de ser del que los elabora, pero a su vez condiciona su particular concepción del mundo y por tanto su propio comportamiento.Si un maestro considera a todos los estudiantes como «perezosos», será diferente de otro maestro que «construye perceptualmente»

Universidad Pontificia de Salamanca

a los estudiantes como dóciles. Lógicamente la construcción perceptual en cada caso, se realizará con vistas a predecir la conducta de los estudiantes, estará en relación con el contenido emocional de la personalidad del maestro y condicionará su conducta en el quehacer profesional.

Si repasamos los estudios, concepciones de la familia, veremos cómo generalmente se hacen con un ánimo predictivo. Se construye una definición planteando el obtener, a partir de ella, una serie de datos con respecto a su comportamiento en el terreno sociológico, pedagógico, ético, económico, laboral, psicológico, etc. Pero además cada autor hace su estudio desde una posición doctrinal previa, positivista, existencialista, psicoanalista, conductista, etc., y desde luego desde la connotación de sus propias vivencias emocionales determinadas por la historia de su propia familia. No resulta, pues, desacertado afirmar que el término «familia» encierra generalmente un *constructo* y no un *concepto*.

Todo esto puede parecer una disquisición lingüística o un análisis teórico fruto de una tendencia neurótica epistemofílica, pero creemos que muchos de los problemas de aprehensión científica de la familia y por tanto el retraso en encontrar soluciones prácticas, están en relación con la dificultad de conceptualización. Las comprensiones o análisis teóricos han sido muy diversos desde hace mucho tiempo y desde muchos campos, pero se ha limitado a una especial, concreta y parcial visión de la familia, a un constructo. En estas circunstancias y a raíz del desarrollo de los métodos terapéuticos en Psiquiatría y especialmente la Psicoterapia, una serie de autores inician el trabajo clínico con las familias. Parten de posiciones teóricas y doctrinales muy diversas (biologicista, psicoanalista, dinamista, etc.) pero cuando realizan una puesta en común llegan a dos conclusiones: por un lado coinciden en el hallazgo de una serie de acontecimientos y dinámicas que se repiten en todas las familias y por otro lado, ninguna de las posiciones teóricas de partida son suficientes para explicar dicha dinámica y acontecimientos hallados. Se produce entonces lo que Guerin llama una evolución de la periferia al centro. Desde distintos quehaceres prácticos se busca una teoría capaz de explicar los hechos. Aparece entonces y, curiosamente, desde el campo de las Ciencias Físicas, la teoría General de los Sistemas, como habitualmente se la conoce como Teoría de los Sistemas Generales, como se denominó en el inicio. La aceptación es tan amplia que se puede afirmar con Skinner que «la Terapia Familiar como modalidad deriva sus posiciones teóricas básicas, implícita o explícitamente, de la Teoría general de los Sistemas».

La Teoría General de los Sistemas de Von Bertalannffy, concibe el universo compuesto por una jerarquía de sistemas compuesto por una jerarquía de sistemas concretos. El sistema es definido como «acumulaciones de materia y energía, organizadas en subsistemas o componentes contractuantes e interrelacionados en un continuum común espacio-temporal». Es una teoría que intenta eliminar las fronteras interdis-

Universidad Pontificia de Salamanca

ciplinarias que oscurecen las relaciones de orden entre las diversas partes de un mundo real. A la crítica de ser tan ambicioso que pretenda con el mismo modelo científico explicar los hechos del mundo físico, social, económico y psicológico, responde el mismo Bertalanffy con un ejemplo no exento de humor. según él sería como la relación existente entre la ley de la gravedad, la manzana de Newton, las mareas y el sistema planetario, que es evidente a pesar de que las manzanas, el mar y los planetas no tengan nada en común. Lógicamente se establece una diferencia entre diversos tipos de sistemas, señalándose los sistemas cerrados, propios del mundo inorgánico frente a los sistemas abiertos propios de los seres vivos, que están en relación con otros sistemas intercambiando información con ellos. Estos sistemas abiertos en los que interviene el hombre, han sido denominados sistemas relacionales y han sido definidos por Pearson y Balmes como:«el conjunto constituido por una o más unidades, vinculadas entre sí de modo que el cambio de estado de una unidad, va seguido por un cambio en las otras unidades y éste a su vez por un cambio en la unidad primitivamente modificada y así sucesivamente». Quizás un ejemplo puede ilustrar la definición. Sería un sistema el conjunto formado por el radiador, el termostato y la temperatura de la habitación. Tres elementos distintos relacionados de tal forma que la modificación de uno de ellos altera el estado de los otros en búsqueda constante de un equilibrio.

A la luz de esta teoría, la familia se comporta como un sistema. Y esto nos lleva a considerar una serie de aspectos que permiten abordar la conceptualización del término «familia».

1.º La familia como sistema en constante transformacion

Efectivamente el sistema debe adaptarse a las diferentes exigencias de los diversos estadios de desarrollo por los que atraviesa (exigencias que cambian también con la variación de los requerimientos sociales que se le plantean en el curso del tiempo) con el fin de asegurar la continuidad y crecimiento psicosocial de los miembros que la componen. Este doble proceso de continuidad y crecimiento ocurre a través de un equilibrio dinámico entre dos funciones aparentemente contradictorias: la tendencia homeostática y la capacidad de transformación. La tendencia homeostática puede concebirse como una situación de equilibrio dinámico entre cada uno de los elementos del sistema. Desde esta perspectiva la tendencia homeostática y la capacidad de transformación, en cuento caracteres funcionales, no son buenos ni malos, como señala Mara Selvini, sino que constituyen elementos indispensables para mantener el equlibrio dinámico. En ocasiones, la tendencia homeostática puede exigir el mantenimiento de reglas, cada vez más rígidas, que llegan a convertirse en comportamientos patológicos. Entendemos por reglas la estabilización de las definiciones de una relación.

Universidad Pontificia de Salamanca

2.º La familia como sistema activo que se autogobierna

Mediante reglas que se han desarrollado y modificado en el tiempo a través del método de ensayo-error, que permiten a los diversos miembros experimentar lo que está permitido en la relación y lo que no lo está, hasta llegar a una definición estable de la misma. Es decir, a la formación de una unidad sistémica regida por modalidades transaccionales peculiares del sistema mismo y susceptibles con el tiempo, de nuevas formulaciones y adaptaciones. La familia es un organismo activo al que se le puede aplicar la idea de Bertalaffany: «el estímulo no causa un proceso en el sistema, que de otra manera sería inerte: sólo modifica procesos en un sistema autónomamente activo».

Así pues, todo tipo de tensión pesará sobre el sistema familiar y requerirá una tansformación constante de las interacciones, capaz de mantener la continuidad de la familia, pero consistiendo, a su vez, el crecimiento de sus miembros. Será secundario que dichas tensiones sean producidas por cambios intreasistémicos (nacimiento de los hijos, crecimiento, luto, etc.) o intersistémicos o externos (mudanzas, modificación de las condiciones de trabajo, etc.). Es justamente en ocasiones de cambios o presiones de particular importancia cuando surgen la mayoría de las perturbaciones psiquiátricas. A la luz de esta idea y teniendo en cuenta las profundas transformaciones ocurridas en el último decenio en nuestro sistema social (acrecentada importancia de lo colectivo frente a lo individual, cambio creciente y radical en los roles y funciones de la pareja, disgregación del modelo patriarcal de familia extensa, cambio de significatividad de la prole, etc.) no debe extrañar que el sistema familiar deba encontrar un nuevo equilibrio entre las tendencias homeostáticas tradicionales y una capacidad de cambio,el resultado quizás pueda ser la denominada crisis de la Institución familiar. En todo caso parece claro que el término crisis debe entenderse en su acepción de cambio.

3.º La familia como sistema abierto en interaccion con otros sistemas

En otras palabras, ésto significa que las relaciones interfamiliares se encuentran en relación dialéctica con el conjunto de las relaciones sociales: las condicionan y están a su vez condicionadas por las normas y los valores de la sociedad circundante, a través de un equilibrio dinámico. De equilibrio dinámico habla también Lévi Strauss, cuando afirma que la relación entre grupo social y familia no es estática como la que existe entre la pared y los ladrillos que la componen, sino más bien un proceso dinámico de tensión y oposición, con un punto de equilibrio extremadamente difícil de encontrar porque su localización exacta está sometida a infinitas variaciones que dependen del tiempo y de la sociedad.

Universidad Pontificia de Salamanca

Por consiguiente, centrar la atención en la Familia es una opción subjetiva, arbitraria y limitativa. Pero también es verdad que la familia, en tanto instancia de socialización, se ubica bastante antes que otros elementos (escuela, grupo de coetáneos, etc.) como intermediario entre lo que es propio de lo individual, de lo natural, de lo privado y lo que pertenece a lo social, a lo cultural,a lo público.

De todo lo expuesto pueden deducirse una serie de premisas, que Minuchin ha sintetizado en tres asertos:

— La estructura de una familia es la de un sistema socio-cultural abierto en proceso de transformación.

— La familia muestra un desarrollo desplazándose a través de un cierto número de etapas.

— La familia se adapta a las circunstancias cambiantes de modo tal que mantiene una continuidad y fomenta el crecimiento psicosocial de cada miembro.

La constante de todas estas ideas es la de cambio, transformación o evolución, lo cual no debe extrañarnos si tenemos en cuenta que nos referimos a un ente vivo.

Es pues susceptible de estudio el sistema familiar, desde la óptica de los estadíos o fases de evolución. Preferimos, con Ríos González, hablar de ciclos vitales, en lugar de etapas, pues si bien este concepto de ciclo no tiene precisión, tampoco la evolución de la familia puede entenderse rígidamente elaborada en trienios o cuatrienios. En contra de lo que se dice la «crisis de los cuatro años», p. ej., viene marcada por factores determinantes distintos del mero paso del tiempo.

Siguiendo, más o menos, los estadíos señalados por Hill, identificaremos los siguientes ciclos en la evolución de la familia:

1.º Formación y encuentro de la pareja.

2.º La novedad de ser padres.

3.º La familia con niños en edad preescolar.

4.º La familia con niños en edad escolar.

5..º La familia con hijos adolescentes.

6.º La familia con hijos jóvenes.

7.º La familia como centro de despegue: los hijos dejan el círculo familiar.

8.º La familia no tiene control ya sobre los hijos; han salido del ambiente familiar.

9.º La familia después de la jubilación.

Para qué se trata de una teoría cíclica: se parte de una pareja, se pasa por una serie de estadíos de desarrollo para terminar con la misma pareja original.

Universidad Pontificia de Salamanca

1.º El inicio de la familia

El comienzo de un sistema familiar constituye todo un círculo vital en el que juegan un papel de importancia las actitudes personales de los miembros de la pareja, así como los estados emocionales que envuelven a los mismos, de modo claro unas veces y llenos de componentes inconscientes en la mayoría de los casos.

El conflicto básico del comienzo de una familia, es la dinámica y tensión que se desencadena desde el momento en que se es consciente de la necesidad de resolver la dialéctica entablada entre el sistema familiar de origen de cada uno de los cónyuges y el sistema familiar creado, que forjan los mismos.

Tal conflicto se concreta en el modo de disolver unos determinados lazos y crear otros igualmente necesarios, para dar unidad, cohesión y posibilidad de encuentro y progreso, entre las dos personas que originan una nueva familia.

La etapa de formación de una unidad conyugal vital no es algo que pueda dejarse a la improvisación o que se pueda resolver mediante declaración de buenas intenciones; recordemos cómo Virginia Satir señala: «el amor es condición necesaria pero no suficiente para formar una familia». Es una tarea compleja en la que intervienen procesos emocionales muy concretos pero necesitados de una contemplación desde la óptica de lo que va a ser su realización en el sistema familiar.

En la orientación de la familia que comienza, habría que fijar una serie de objetivos que entendemos perfectamente válidos y aplicables en la «preparación prematrimonial», cualquiera que sea el módulo que se emplee para este objetivo educativo, esto sería:

a) *Conseguir una adaptación de pareja.* Partiendo de que la adaptación no es sinónimo de ajuste total, sino que adaptación equivale en términos de higiene mental a una adecuada respuesta significativa y sana que permita una integración del sujeto al contexto o ambiente, sin que ello suponga pérdida de la propia identidad y que al mismo tiempo potencie y facilite de manera clara la estabilidad y cohesión del yo del individuo. La adaptación de la pareja no excluye la individualidad de cada uno, antes al contrario, la enriquece a través de la relación.

La consulta con parejas y los estudios realizados ponen de manifiesto el número inagotable de situaciones que dificultan, en el terreno práctico o de la cotidianidad, la dificultad de adaptación. existe un amplio mundo de hábitos adquiridos, costumbres arraigadas, valores defendidos, aspiraciones acariciadas, que estructuran una trama en la que los miembros de la pareja se van a ver limitados con toda su personalidad. No hay cuestiones nimias; los matices más insignificantes pueden constituir un obstáculo insalvable para la adaptación mutua. El mayor o menor éxito de este proceso de adaptación vendrá señalado por otro de los objetivos de esta etapa:

Universidad Pontificia de Salamanca

b) *Establecer unos niveles de comunicación.* Punto crucial en la misma. Debe partirse del hecho de que todo comportamiento colleva una comunicación y de que toda comunicación es un vehículo de información que genera lazos de relación entre los miembros de un sistema. No es infrecuente oír hablar de la «ausencia de comunicación» en la pareja. Realmente ésto nunca se da. No es posible no comunicarse cuando existe una proximidad física, como señala Watzlawick. Lo que ocurre en estos casos es que la comunicación predominante es no verbal, ambigua, perturbada. Este proceso enrarece la comunicación y dificulta o imposibilita el anterior proceso de adaptación. Operativamente podemos reducir los niveles de comunicación intrasistémica familiar a tres aspectos:

- informativa
- racional
- emotiva o profunda

La informativa es aquélla en la que transmitimos «lo que ha sucedido» de una forma convencional y fría. Este tipo se da cuando los miembros de la familia cuentan lo que han hecho,de forma pura y simple: «esta mañana he salido de casa a las..., he ido a..., he visto a..., tomé una cerveza... y he regresado a casa».

La comunicación racional se da siempre que a la vez que el dato se comunican consideraciones de tipo especulativo, reflexivo o intelectual. Encierra un cierto contenido formativo o manipulativo: «esta mañana he salido de casa a las... porque creo que es lo debido para aprovechar el tiempo, he ido a... porque de otro modo dejaría de cumplir lo convenido, he visto a... y me ha parecido que está..., etc.».

La comunicación emotiva y profunda es aquella en la que además se manifiestan sentimientos, afectos, emociones y estados de ánimo del que comunica. Es una comunicación autorreveladora de sí mismo: «esta mañana he salido de casa a las... y me he alegrado de poder hacerlo así, ya que me ha supuesto un vencimiento interno que me parece importante; he ido a...aunque me fastidia enormemente, he visto a... y me he alegrado porque le tengo mucho afecto como él a mí, tomé una cerveza porque tenía necesidad de calmar mi desasosiego y he regresado a casa, aunque de buena gana me hubiera quedado tomando el sol». Este nivel constituiría una verdadera comunicación. Nos apresuramos a señalar que a veces puede darse en un nivel no verbal: en una familia, un gesto, una mirada, una sonrisa pueden comunicar la carga afectiva que lleva el mensaje verbal. La falta de niveles profundos en la comunicación familiar desencadena fenómenos muy concretos: no saber qué quiere el otro, qué necesita, qué busca, de qué es capaz; lo que a su vez puede ser el origen de conductas carenciales por la acentuación del sentimiento de abandono afectivo. Otras veces se origina pobreza emocional, falta de ternura expresada y vivida en la relación diaria y búsqueda de tales gratificaciones en otro

Universidad Pontificia de Salamanca

lugar y en ocasiones de una manera compulsiva. Todo ello se plantea desde otra función del inicio de la familia:

c) *Alcanzar unos cauces de encuentro y contacto.* En relación con la adaptación, la pareja precisa encontrarse afectivamente en un lugar común y de una forma determinada. El lugar sería el terreno del «nosotros» en tanto pareja que compartimos, pero que es distinto y diferenciado del «yo» y del «tu» que son independientes y respetamos mutuamente. La forma sería a través de un intento de objetivación de TU realidad, distinta y ajena a la fantasía motivada por MIS deseos, necesidades o expectativas y reivindicando MI derecho a ser vivido en tanto realidad ajeno y distinto de TUS necesidades, deseos o expectativas. En síntesis se trataría de hacer falso el anaforismo de Lacan, según el cual«Amar es dar lo que se tiene a quien no es».

d) *Crear unos conflictos respecto al sistema familiar de origen de cada miembro de la pareja.* Se trata de un replanteamiento del estilo de vida, que acepta un cierto corte con el pasado, para conseguir el objetivo de «sentirse pareja». Se hace inevitable delimitar muy bien el nuevo tipo de relación con los miembros del sistema familiar de origen, La fijación de estos límites no va contra ningún sentimiento profundo de ligazón afectiva sino que lo que se pretende es marcar un terreno propio donde se realicen las metas de relación interpersonal que van a convertirse en el motor permanente del progreso del sistema familiar iniciado.

Desde el mapa familiar así constituido, con una adaptación de pareja, que se comunica aceptablemente a través de unos cauces de encuentro y contacto en unos con fines propios y distintos de los que los sistemas familiares de origen, la familia puede considerarse constituida y se pasa al segundo estadío:

2.º La novedad de ser padres

Ser padres no es un simple fenómeno biológico, sino que abarca todo un mundo de emociones sutiles. No es vivido igualmente por el hombre que por la mujer, mientras la mujer tiene evidencia inmediata de lo que es ser madre, el hombre no percibe biológicamente esta realidad. Los puntos centrales de la paternidad han sido señalados por Guitton y Bollea como: sorpresa, responsabilidad y colaboración en la prolongación de la especie. Lo que sí es cierto es que el ser padre exige un cambio en la realización de metas individuales y de pareja, hasta tal punto que los mecanismos de comunicación, adaptación, relación, etc., necesitan una revisión a la luz de nuevos replanteamientos. La primera exigencia viene dada por una nueva reestructuración del sistema con la aparición de nuevos subsistemas: el subsistema conyugal se superpone al subsistema parental, a veces con enfrentamientos irresolubles entre ambos, otras con la exclusión de uno de los subsistemas, olvidán-

Universidad Pontificia de Salamanca

dose las funciones conyugales para ejercer sólo las parentales. Aparecen los subsistemas padre-hijo, madre-hijo, lo que pone a prueba las tendencias homeostáticas y las capacidades de cambio. Aparecen problemas importantes, en ocasiones el miedo a perder el afecto del otro miembro por el acaparamiento que provoca el recién nacido puede constituir una crisis irresoluble. El nacimiento del hijo no es la causa de un cierto distanciamiento hombre-mujer, tal distanciamiento existía ya y la aparición del hijo desencadena la descompensación. No es la marea al bajar la que provoca la aparición de las rocas en la orilla, lo que ocurre es que la nueva situación de marea baja permite evidenciar lo existente.

Aparece como riesgo grave la existencia del denominado por Cancrini «triángulo perverso», situación de relación en el ámbito del cual tres miembros de un sistema relacional pertenecientes a dos generaciones distintas se disponen de tal modo que forman una alianza que une a dos de ellos contra el tercero. Tal alianza se caracteriza por el hecho de ser negada por parte de los aliados. La situación de triangulación constituye una de las problemáticas más intensas de la patología familiar.

Ser padres constituye un paso importante en el proceso evolutivo del sistema familiar y de su adecuado modo de vivir depende la buena o mala salud mental del núcleo familiar. Pero no acaban aquí los problemas que encierra la misión paterna o materna, de hecho cuando en su origen puedan considerarse bien resueltos, el tiempo plantea una nueva situación:

3.º La familia con hijos en edad preescolar

Aceptamos esta terminología, realmente teórica, para designar el tiempo que transcurre entre el nacimiento y el comienzo de la vida de relación en una institución educativa. Teóricamente llegaría hasta el inicio de la EGB, pero, una vez más, la verdad oficial no coincide con la realidad, por lo que entederemos esta fase como variable en su duración.

Lo que sí es cierto es que en este ciclo tienen lugar procesos de la mayor importancia, gran número de ellos centrados en el tipo de relación madre-hijo. Es a través de esta relación como se ponen las bases para lo que serán las relaciones con el mundo externo inmediato o lejano. Pasada la novedad de ser padres, en el sistema familiar el subsistema hijo reclamará su propia individualidad. Si desde un punto de vista psicoanalítico se ha dicho que el niño inicia la percepción de la madre como figura distinta-de-sí-mismo a partir del 4º-8º mes de vida (Melane Klein) la realidad es que a nivel del sistema, el subsistema hijo condiciona en esta etapa una exigencia de individualidad y a través de los procesos de preidentificación e identificación primaria, con la

Universidad Pontificia de Salamanca

madre y el padre respectivamente, se van a introducir elementos de información en el sistema que recondicionarán la homeóstasis. Por otro lado la permanencia del niño en el ambiente familiar, sea cual sea la estructura del mismo (madre trabajadora, existencia de la abuela, etc.) condicionará una alteración de aquellos canales de encuentro y contacto que la pareja había establecido, obligando a una remodelación. Creemos que esta época genera en muchos casos pautas transaccionales que alteran irremediablemente la vivencia de intimidad de la pareja.

Sin excluir los aspectos positivos que la paternidad tiene, que no citamos por estimar son de sobra conocidos, pasaremos a la etapa siguiente.

4.º La familia con hijos en edad escolar

Permítasenos hacer la salvedad de las fechas para centrarnos en las características generales del ciclo. Lo significativo es, evidentemente, la importancia de los procesos de socialización. Es cierto que la socialización probablemente ha comenzado en la etapa anterior, la mirada, la sonrisa y el tacto iniciarían este proceso, pero es a partir de los cuatro años (o cinco) cuando adquiere todo su vigor. La familia ha sido denominada «laboratorio social básico» y no resulta pues extraño que el pleno ejercicio de la función socializadora sea un hito importante en tanto en cuanto es una causa de evolución afectiva e intelectual del hombre. Pero socializar no es distorsionar la personalidad, ni someter pasivamente a lo que viene de fuera. Es una participación activa y directa en las respuestas que el mismo sujeto se da ante los otros, es elaborar una respuesta suya a las exigencias e interrogantes que le plantea el grupo. Es un proceso largo, a veces inacabado, en el que Wolff ha señalado una serie de etapas: la del monólogo, la de descarga o agresividad incontrolada, la de identificación con el medio ambiente, la del establecimiento de ideales concretos, la de la propiedad seguida de la de la competencia, que se concreta en la etapa del amor y agresividad hacia una persona determinada, a la que sucede la de la exigencia de una acción recíproca, seguida de la etapa de altruismo y ésta de la de colaboración. Si repasamos estas etapas y estos condicionantes y tenemos en cuenta que ello no se da en el vacío sino en un devenir histórico concreto y determinado, fácilmente podremos ver los riesgos y los problemas. Aún aceptando como válidos y resueltos los problemas planteados en las etapas anteriores, el desarrollo evolutivo de la psicología del niño a través de las etapas descritas introduce un elevado número de factores de distorsión. Pero además se pone a prueba el respeto y la aceptación de la individualidad de cada uno de los cónyuges. Evidentemente cada uno de los padres, desde su individualidad, pretenderá transmitir sus pautas transaccionales, escala de valores o sus conductas sociales para provocar la identificación del hijo. Estos

Universidad Pontificia de Salamanca

mensajes serán tanto más distintos cuanto menos identidad haya entre la pareja y tendrá más o menos fuerza en tanto que sean equivalentes las situaciones de poder dentro de la familia. Paradójicamente, si la distribución de funciones dentro de la pareja es equiparable y hay un alto grado de respeto a la individualidad, en esta etapa el hijo recibirá dos mensajes distintos y con la misma fuerza, lo que pondrá a prueba el poder de cambio en el sentido de la negociación para llegar a una posición común. El riesgo de que esto no suceda conducirá a la aparición de una homeóstasis a través de una conducta aptógena, tal vez el hijo sometido a una fuerza doble de distinto sentido o en una pauta transaccional que no le obligue a elegir, como podría convertirse en un niño asmático.

5.º LA FAMILIA CON HIJOS ADOLESCENTES

La edad evolutiva tiene una época maltratada y mal tratada: la adolescencia. Maltratada porque se le han dado calificativos cargados de connotaciones negativas: edad difícil, edad ingrata, edad tumultuosa... Mal tratada porque se ha olvidado u ocultado que en ella se va a dar una síntesis integradora de una serie de procesos que va a condicionar en gran parte la visión de las épocas posteriores. En ella se da el fenómeno de la identidad como integración personal de todas las identificaciones precedentes y como reajuste de otros procesos que se han venido dando en la infancia que termina. El hijo adolescente es todo un problema. Pero el problema no reside en él sino en la actitud del adulto que no sabe qué hacer ante esa vida que se manifiesta en una verdadera explosión de despertares: despertar intelectual, social, afectivo, moral, sexual, etc. Una misma unidad que se manifiesta en multiplicidades. Y una misma explosión que el adulto quisiera gobernar y no puede. Ahí está el problema, ese hijo, ¿qué es? Ya no es lo que era (niño), pero todavía no es lo que ha de llegar a ser (adulto). El adulto tiene dificultades para adaptarse a esa realidad confusa, tierra de nadie, en la que paradójicamente se encuentra atrapado. Porque la dificultad, lo ingrato, lo verdaderamente tumultuoso está en que la relación padre-hijo adolescente, madre-hijo adolescente, adulto-adolescente se plantea en la ambivalencia de lo que no es ya y lo que no ha llegado a ser. El drama del adolescente está en que se le trata como un niño mientras se le exige como un adulto. Este es el caos, el laberinto de la adolescencia y todo ello ha de hacerlo solo, a solas. En nuestra cultura no hay ritos de iniciación que hagan sensible el paso de la niñez a la adolescencia, miramos cómo en otras culturas ello se hace a través de ritos cruentos y nos congratulamos de que no sea así, pero no nos damos cuenta de que ese paso insensible no deja de ser terriblemente doloroso. La adolescencia puede ser considerada como un paso, como un proceso de integración, de adaptación social, de interiorización y de maduración. Todo ello se traduce a través de la integración

Universidad Pontificia de Salamanca

de vivencias internas y externas pero no se realiza de un modo aislado, el adolescente crece en un contexto y en ese contexto debe dar una serie de respuestas. Ante los factores familiares, el adolescente precisa afirmar, como mínimo, tres necesidades básicas: afirmación de la independencia, de la autonomía y de la originalidad. A cada una de estas necesidades la familia va a responder de un modo particular, como si se tratara de un juego de fuerzas para ver quién domina o prevalece. Volvemos a encontrar la tendencia al cambio potenciada desde la necesidad de crecimiento personal del hijo adolescente enfrentada al equilibrio homeostático representado por el deseo de mantener la situación lograda por los padres.

La necesidad de independencia del hijo puede chocar con las reglas establecidas por el sistema familiar. Efectivamente existen familias de puertas abiertas, donde no hay fronteras ni terreno propio. Frente a ello hay familias con tendencia a las fronteras o a los límites tan excesivos que pueden considerarse como familias distantes, alejadas. Entre estos dos extremos el hijo adolescente encontrará una mayor o menor dificultad para satisfacer su deseo de independencia y la familia tendrá una mayor o menor flexibilidad para cambiar sus pautas y adaptarse a las necesidades de su hijo. El resultado será que el hijo consiga la integración o que busque fuera del contexto familiar el deseado nivel de independencia.

Pero también la necesidad de autonomía será otro parámetro a tener en cuenta en el contexto familiar. La familia puede permitir al hijo que estructure su vida personal y su futuro según sus propios deseos y características. En tal situación el hijo podrá elegir por sí mismo. El hijo adolescente autónomo, por decirlo en pocas palabras, es aquél que parte de su propia realidad, mide sus posibilidades y toma decisiones, asumiendo las responsabilidades inherentes. El modelo familiar puede oscilar entre la familia restrictiva o limitante en la que el adolescente no tiene derecho a elegir ni opinar, «el hijo tiene que hacer lo que dicen los mayores», o la familia «abandónica» en la que el sentido de la autonomía se pierde para entrar en una clara desvinculación: «cada cual hace lo que le viene en gana».

Desde la realidad limitante de la falta de información del adolescente, debe la familia conjugar el lícito y necesario ejercicio de la autonomía. La función no es marcar el camino sino dar información sobre cuál es el final de los caminos señalados. Lógicamente la situación vuelve a poner a prueba las reglas y la flexibilidad del sistema y la patología alcanza de nuevo su significación. La anoréxica deja de comer para rebatir un modelo de relación en el que se pretende mantener la estructura formal de una unidad familiar bajo el modelo tradicional de «comer juntos» a la vez que se ignoran otras comunicaciones más significativas para la hija adolescente. El dejar de comer es reservarse su terreno, en el que sea posible la realización de una cierta autonomía, que aunque dañina permite realizar la vivencia de«ser-sí-mismo».

Universidad Pontificia de Salamanca

Menos considerada pero no menos importante es la necesidad de originalidad. Choca frontalmente contra estructuras familiares intensamente patológicas presididas por la angustia. Permanentemente amenazadas, que se defienden fóbicamente, cristalizando en unas formas de comportamiento que hay que respetar a ultranza so pena de que ocurra algo catastrófico y destructor. Lógicamente en esta estructura el hijo adolescente no encuentra la más mínima posibilidad de dar rienda suelta a su capacidad creadora de originalidad y el enfrentamiento puede hacerse tan violento que llegue a la ruptura o frustrar y esterilizar la función creativa del adolescente.

El hijo adolescente pide, en suma, salidas positivas para su independencia,su autonomía y su originalidad.Cuando se cierran los caminos él mismo construirá los suyos, aunque se equivoque desde la perspectiva del adulto. Para él, todo ello se encuentra en un contexto emocional que no hay más remedio que aceptar si se le quiere ayudar y orientar. Esta ayuda se realizará a través de una serie de actitudes:

— Comprensión elevadora, que no es permitirle todo, sino poder colocarse en su lugar para desde ahí sentir qué está viviendo, qué necesita, qué busca y elevarle hacia niveles de mayor autoexigencia, que no a niveles de imposición.

— Aceptación razonable. El adolescente es lo que es y no lo que el adulto quiere que sea.

— Acompañarle para que descubra su intimidad, no sólo sabiendo estar junto a él, sino proporcionándole el ambiente y condiciones necesarias para que el encuentro consigo mismo se verifique en condiciones óptimas.

— Crear un clima de comunicación profunda, ya que la vida afectiva del adolescente está necesitada de expansión.

— Mantener la presentación de modelos de identificación. No es infrecuente que el padre del adolescente intente abandonar su rol de padre para asumir el de amigo, creando un nivel de confusión y dificultando nuevas incorporaciones al caudal psicológico del adolescente.

— Aceptar que si el adolescente resulta complicado lo es para el adulto que está junto a él, que quizás no le da tiempo, interés o dedicación.

Todas estas actitudes deben tener cabida en un modelo familiar que obviamente ha tenido que sufrir transformaciones con respecto a ciclos anteriores y que aún va a tener que sufrirlos más cuando entra en la fase de:

6.º LA FAMILIA CON HIJOS JOVENES Y LA RUPTURA DE DEPENDENCIAS

Vuelve a ser confuso el límite entre adolescencia y juventud y de nuevo tenemos que recurrir a características más o menos amplias y

Universidad Pontificia de Salamanca

diversas. Quizás las características definitorias del joven serían la consolidación de sus capacidades de amar, producir y comunicar productivamente con los demás. Ello acompañado de una estabilidad progresiva de sus relaciones, de su madurez psicosexual, de establecer relaciones solidarias así como de generar pautas de comportamiento y conquistar una independencia adulta y sana, terminarían de perfilar las características del joven. Su posición dentro de la estructura familiar se caracteriza por la ruptura de la dependencia con la misma. Pero un problema se nos plantea en función de cómo, quién y desde dónde se hace esta ruptura.

El joven que rompe con los vínculos parentales cuando ha logrado una adecuada identidad personal y la desvinculación se ha verificado de manera progresiva, serena, aceptada interiormente y sin virulencia con respecto a lo que ha de seguir siendo la relación afectiva con sus padres, habrá creado:

a) Una dependencia adulta con respecto a sus padres a los que no rechaza pero sitúa en el lugar exacto que han de tener en la dinámica de relación interpersonal con ellos.

b) Una independencia también adulta por cuanto tal desvinculación no crea lazos neuróticos por los mecanimos de pena, culpa, temor a haberlos dañado, etc.

El joven que rompe tales vínculos sin haber estructurado su identidad personal y lo hace de modo brusco, violento, en una huida en la que se oculta algo que debió encontrar y no realizó de un modo suficiente y maduro, se encontrará:

a) Una nueva dependencia más infantil y neurótica, pues los vínculos que se establecen están injertados en los componentes de culpa, impulsividad, pena, temor a no haber hecho las cosas de otro modo (huir de...).

b) Una independencia infantil por cuanto con ella no se logra una distancia emocional con respecto a los padres, sino una distancia física, mientras siguen vigentes los vínculos anteriores a la decisión.

En síntesis, la ruptura de dependencias ha de hacerse para conseguir una lejanía donde el joven pueda encontrarse consigo mismo, pero sin la permanente amenaza de tener que defenderse de la presencia ininterrumpida de los padres interiorizados.

La marcha del hijo del hogar constituye para el sistema familiar una ocasión para replantear muchas cosas. Culturalmente se considera normal el abandono desde la decisión adulta a la que antes nos referíamos, que queda expresado en la frase «ley de vida». El sistema familiar de nuevo se ve sometido a una situación que lo pone a prueba. La aceptación del proceso con un análisis sereno que lleve a distinguir el aspecto negativo de la huida (de qué huye) del aspecto positivo de la ruptura (qué busca) permitirá distinguir la actuación funcional de la familia, del comportamiento disfuncional o patógeno. Cuanto más fun-

Universidad Pontificia de Salamanca

cional sea la familia más claro tendrá que el hijo no huye de nada ni reprocha nada concreto e incluso la familia permitirá y alentará la posición autónoma de los hijos. Esta es la posición funcional ante la última etapa que preferimos llamar:

7.º LA FASE DEL NIÑO VACIO

En ella, como ha expresado bellamente Guitton, la pareja quedan como «supervivientes del amor» y vuelven a encontrarse frente a frente, a solas como al inicio. Otros aspectos aparecen. Por un lado las rupturas profundas de las dependencias anteriormente establecidas. Por más que pueda considerarse normal o fisiológica, la marcha de los hijos supone una importante pérdida de objeto para los padres. Ellos, que han vivido y gastado la mayor parte de su energía para conseguir que el hijo llegue a adulto, van a sufrir el impacto de la ruptura inevitable, se va a tomar conciencia de que gran parte de su labor propia ya no es necesaria,. Los padres ya no son imprescindibles para él.

Dos posibilidades de evolución vital de la familia se nos presentan en este punto. Si la experiencia matrimonial ha sido positiva, el proceso de reintegración de necesidades generará una intensificación de la mutua relación cada vez más enriquecedora.

Si por el contrario la experiencia matrimonial y familiar es negativa, la pérdida de control sobre los hijos desencadenará vacíos que no podrán llenarse en la comunicación disfuncional de la pareja y como consecuencia ambos quedarán en una honda y profunda soledad.

La pareja en el nido vacío debe realizar un último esfuerzo de adaptación centrándose en una serie de objetivos:

— Revisar el nivel de aspiraciones para evitar una programación utópica de la existencia, la pareja de ancianos que intenta conquistar las metas de siempre con los medios de siempre, tropezará inevitablemente con límites de tipo biológico, psicológico y social, lo cual a la larga llevará a la creación de síntomas neuróticos enmascarados de problemas más sólidos de relación.

—Adecuar medios ya que la ineficacia de muchos esfuerzos se debe al empleo de medios no acordes. Debe tenerse en cuenta en esta situación, el riesgo que supone contar con los demás sin valorar fielmente los propios medios y recursos.

— Remover obstáculos que impidan que padres e hijos maduros mantengan un tipo de vinculación que fue válida en otra edad, pero que no es sana ni funcional en este momento. Una vez más a lo largo de todo el camino, la familia se plantea como una situación que permite un modelo relacional pero que no está para que alguien cubra las expectativas de otro. Efectivamente en este momento también el padre tendrá que aceptar la autonomía, la independencia y la originalidad

Universidad Pontificia de Salamanca

favoreciendo desde otra posición distinta la negociación de límites, que tendrá que realizar en la génesis de su nueva familia, y quizás el último esfuerzo pueda consistir en cerrar el ciclo admitiendo que los límites que el hijo imponga sean distintos de los que él estableció.

BIBLIOGRAFIA

1. Bertalanffy, L. von (1976). *Teoría general de los sistemas.* Madrid: Fondo de Cultura Económica.
2. Bateson, G. y Cols. (1974. *Interacción Familiar.* Buenos Aires: Ed. Tiempo Contemporáneo.
3. Gradillas, V. (1980). *Estudio clínico de la Familia.* Universidad de Málaga.
4. Minuchin, S. (1979). *Familias y Terapia Familiar.* Barcelona: Gedisa.
5. Ríos González, J. A. (1980). *El poder en la dinámica personal del hijo.* Barcelona:Ed. Ciencia Médica.
6. Ríos González, J. A. (1984). *Orientación y terapia familiar.* Instituto de Ciencias del Hombre: Madrid.
7. Satr, V. (1983). *Psicoterapia familiar conjuta.* México: La Prensa Médica Mexicana.
8. Stierlin, H. y Cols. (19881). *Terapia de Familia.* Barcelona: Gedisa.
9. Vella, Ch. G. (1983. *Los Centros de Orientación Familiar.* Universidad Pontificia de Salamanca.
10. Zulliger, H. (1978). *Evolución Psicológica del niño.* Barcelona: Herder.

SUMARY

The present work starts off by establishing the difficulties of finding a full definition of family, since the term 'family' embraces a construct and not a concept. The best definition of 'family', for the authors, comes from 'the general theory of systems'. It stars off therefore from the fact that 'the family is a system in constant transformation', it is 'an active self-governing system' and 'an open system of interaction with other systems'. Starting from these convictions, the family system is studied from the viewpoint of stages, phases of evolution or life cycles, begining with the start of the family until the moment when the family loses control over thechildre.

Universidad Pontificia de Salamanca